

sentía por éste igual admiración que por el cardenal, y decía á lo menos una vez al día lo que aquél una vez á la semana, esto es: «Quien no quiere al cardenal no quiere al rey».

El 23 de agosto se publicó un decreto por el cual se declaraba al duque de Montmorency exonerado de todos sus honores y dignidades y se confiscaban sus bienes, y en el que además se ordenaba al parlamento de Tolosa que le abriese causa.

Al día siguiente circularon rumores de que se había publicado otro decreto igual contra vos, pese á que erais, como sois, hijo de rey, y contra el señor de Rieux.

Juzgad cuánto me conmovieran el corazón semejantes rumores.

El 24, vi pasar por San Pons un emisario, el cual, según decir de la gente, iba á proponer la paz al de Montmorency.

Á dicho emisario, conseguí que mi tía le agasajase con refrescos, y habiendo aceptado, se detuvo breves instantes en el locutorio, donde le vi y le interrogué.

Las voces propaladas eran ciertas, y por tanto sustenté alguna esperanza; esperanza que cobró creces cuando supe que el arzobispo de Narbona, amigo particular del de Montmorency, se había encaminado á Carcasona con idéntico fin, esto es con el de conseguir que el mariscal depusiese las armas. Las proposiciones que el arzobispo estaba encargado de hacer al gobernador del Languedoc eran, á creer lo que se decía, muy aceptables y aun muy propicias á su prosperidad y ventura.

Sin embargo, á poco se esparció el rumor de que el mariscal duque se había negado redondamente á aceptar todas las condiciones que se le hicieran.

Cuanto á vos—pues ya comprenderéis que de vos hablaban grandemente, lo que era á la vez causa de terror y de consuelo para mí,—se decía que el cardenal os había enviado una carta de propio puño,

á la que de viva voz contestasteis que teníais hacia largo tiempo empeñada la palabra con el príncipe y que sólo éste podía relevaros de ella.

¡Ay! éste, ruin y egoísta, no os la devolvió.

El 29 de agosto supimos que el ejército de Shomberg y el de Montmorency estaban á la vista uno de otro.

Con todo, el anciano mariscal no echaba al olvido que Richelieu no era sino ministro, y que, como tal, podía caer, así como el rey, en su calidad de hombre, podía morirse. Entonces el príncipe, contra quien marchaba, siendo como era presunto heredero del trono, se convertía en rey de Francia, por lo que abrió nuevamente negociaciones con éste, enviándole al de Savoie para parlamentar.

Cuanto digo lo sabíamos nosotras; así es que mi alma, que se asía de cada una de las esperanzas que la remontaban al cielo, aguardó ansiosa la respuesta definitiva del de Montmorency.

Fuese desconfianza ó presunción, el sin ventura, confiando en su valor, respondió lo que ya sabéis: «Primeramente combatamos; después parlamentaremos».

Perdida ya toda esperanza de arreglo, y como vuestra única salvación dependía de una victoria del duque de Montmorency, olvidé mis deberes de hija y de vasalla, y prosternada al pie de los altares, supliqué al dios de los ejércitos que mirase propicio al héroe de Vellano y al hijo del vencedor de Ivry.

Desde entonces no aguardé sino una nueva, la de la batalla; pero ¡ay! la nueva llegó el primero de septiembre, á las cinco de la tarde, terrible, fatal, desesperada. La batalla estaba perdida, el mariscal duque prisionero, y vos, según los unos mortalmente herido, y según los otros muerto.

No pregunté más, sino que envié á buscar al jardinero, á quien me había hecho mío de antemano, y le

dije que se procurase dos caballos y que al anoche-  
cer me aguardase á la puerta del jardín.

Llegada la noche me bajé; nos subimos á caballo, orillamos la falda de las montañas, vadeamos dos ó tres riachuelos, dejamos á la izquierda la aldehuela de Laviniere, y á las ocho de la misma noche nos detuvimos en Cannes.

Mi caballo estaba herido y cojeaba, por lo que lo sustituí con otro.

Ínterin, adquirí nuevas noticias.

Susurrábase que Montmorency estaba muerto, y también Rieux. Por lo que á vos hace referencia, las noticias eran siempre muy vagas; unos decían que estabais muerto; otros que mortalmente herido. En este último caso, yo quería cerraros los ojos, y en el primero amortajaros.

Poco más ó menos á las ocho y media nos salimos de Cannes y emprendimos la marcha á campo travieso, sin seguir camino trazado alguno; pero como el jardinero era hijo de Saisac y conocía palmo á palmo el terreno, nos encaminamos en derecha á Montolieu.

El tiempo estaba absolutamente igual como la noche en que nos separamos; grandes nubarrones cruzaban por el espacio; el viento de la tempestad silbaba al través de los olivos, viento cálido, pesado, sofocador, que de tiempo en tiempo amainaba para dejar caer verticalmente gruesas gotas, mientras á lo lejos, en la parte de allá de Castelnaudary, rugía el trueno.

No hicimos sino atravesar Montolieu, sin detenernos en ella para nada; y como algo más allá de esta aldea nos encontrásemos con las primeras avanzadas de Schomberg, tomé nuevos informes. Por ellos supe que la lucha se había empeñado hacia las once de la mañana, durado una hora poco más ó menos y costado la vida escasamente á cien combatientes.

Pregunté si vos pertenecíais al número de los

muertos. Informáronse, y uno de los soldados de vanguardia dijo haberos visto caer. Hice que dicho soldado viniera; pero si bien había visto caer á un jefe, no estaba seguro de que fueseis vos. Entonces quise que el soldado me acompañase, mas vedóselo el estar de guardia.

Con todo, éste dió al jardinero cuantas noticias eran menester. El combate lo había empeñado el conde de Moret, y si éste realmente estaba muerto, había perecido á manos de un oficial de carabineros apellidado Biterán.

Yo escuchaba todos estos pormenores, temblando, sintiendo en mis venas una corriente de hielo y en el pecho una como losa que me oprimía y me privaba el habla, mientras mi rostro se inundaba de gruesas gotas de sudor que se confundían con mis lágrimas.

Sin embargo de haber recorrido de doce á trece leguas en el espacio de cinco horas, anudamos la marcha; pero como yo cambiara de caballo en Cannes, me era fácil llegar á Castelnaudary aun cuando el jardinero hubiese perdido el suyo, ya que éste me prometiera, en semejante caso, seguirme á pie.

Al salir de Montolieu penetramos en un bosque ocupado militarmente. Dímonos á conocer, y nos condujeron á orilla del riachuelo Bernasone, que pasamos á vado, así como otros dos que todavía se cruzaron en nuestro camino.

Entre Ferrals y Villespí, el caballo del jardinero se cayó para no levantarse más; pero por fortuna nos encontrábamos casi al término de nuestro viaje; tanto, que divisábamos los vivaques del ejército real y algunas luces que vagaban por el prado donde se librara el combate.

Mi compañero de camino me dijo, que dichas luces eran las de los soldados que sin duda se preparaban para enterrar los muertos; así pues rogué á aquél que hiciese el último esfuerzo para seguirme, y clavando yo las espuelas en los ijares de mi caballo, próximo

también á caerse, atravesamos el último fuego del campamento.

Acabábamos de dejar á nuestra derecha la aldea de San Papul, cuando mi caballo se encabritó, por lo que me incliné para informarme de la causa de semejante movimiento; era un soldado muerto, el primer cadáver con que me encontraba.

Eché pie á tierra, y, como ya había yo llegado adonde quería, di suelta al caballo.

El jardinero se encaminó apresuradamente hacia las teas y los grupos que se encontraban más cerca de nosotros, mientras yo me sentaba en un otero de césped y aguardaba su regreso.

Por el espacio seguían cruzando densos y oscuros nubarrones, el trueno no cesaba de retumbar en el oeste, y de tiempo en tiempo el cárdeno brillo de los relámpagos iluminaba el campo de batalla.

El jardinero regresó provisto de una antorcha y seguido de algunos soldados á quienes encontrara cavando una gran fosa para arrojar en ella todos los cadáveres, pero en la cual no habían echado todavía ninguno.

Allá fué donde empecé á adquirir noticias más positivas.

El señor de Montmorency, aunque recibiera doce heridas, no estaba muerto; cogido prisionero, le llevaron á una alquería situada á un cuarto de legua del campo de batalla, donde se confesó con el limosnero de Schomberg, después de lo cual y curado de primera intención por el cirujano de caballos ligeros, fué transportado á Castelnaudary, tendido sobre una escalera.

Rieux había perecido y su cuerpo sido hallado.

Cuanto á vos, os habían visto caer del caballo, pero nadie sabía vuestro paradero.

Entonces pregunté dónde os vieron caer, y me respondieron que en la emboscada.

Los soldados quisieron saber quién era yo.

—Miradme, les dije, y adivinad.

Los sollozos me ahogaban; las lágrimas corrían hilo á hilo por mi rostro.

—¡Pobre mujer! dijo uno de ellos, le ama.

Al oír á aquel hombre, le así la mano y sentí impulsos de abrazarle.

—Vente conmigo, le dije, y ayúdame á hallarle, muerto ó vivo.

—También os ayudaremos nosotros, dijeron dos ó tres soldados, uno de los cuales hizo que otro les sirviese de guía.

Este último empuñó una tea para alumbrarnos y empezó á andar, y tras él yo, después de no admitir el apoyo que me ofreciera uno de ellos.

—Gracias, respondí á éste, soy fuerte.

En efecto, mi cuerpo no experimentaba fatiga alguna, y aun parecíame que me hubiera sido posible llegar al cabo del mundo.

Anduvimos unos trescientos pasos, de diez en diez de los cuales nos encontrábamos con un cadáver. Yo quería detenerme ante cada uno de ellos para ver si erais vos; pero los soldados me incitaban á seguir adelante, diciéndome:

—No es aquí, señora.

Por fin llegamos á una hondonada bordada de olivos y por el fondo de la cual corría un riachuelo.

—Es aquí, dijeron los soldados.

Me pasó la mano por la frente, vaciláronme las piernas, y si no me desmayé fué porque Dios no quiso.

Nuestras pesquisas empezaron en la parte alta, donde yacían unos doce cadáveres. Entonces tomé la antorcha de manos del que la traía y me incliné hasta el suelo para escudriñar uno á uno aquellos inanimados cuerpos, dos de los cuales estaban boca abajo. De éstos el uno era oficial; hice que le colocaran en posición supina y le aparté del rostro los cabellos: no erais vos.

De improviso di un grito: vuestro sombrero estaba allí. Bajéme para recogerlo, y vi que las plumas que le adornaban eran las mismas que yo colocara en él. Toda duda era imposible; aquel era el sitio donde habíais caído; pero ¿muerto ó herido? Este era el problema.

Los soldados que me acompañaban hablaban entre sí en voz baja, y noté que uno de ellos tendía el brazo en dirección del riachuelo.

—¿Qué estáis diciendo? le pregunté.

—Decíamos, señora, respondió el que tendiera el brazo, que cuando un hombre está herido, sobre todo de un proyectil, siente ardorosa sed. Si el conde de Moret solamente ha sido herido, tal vez para beber se haya arrastrado hasta el riachuelo que pasa por el fondo de la hondonada.

—¡Oh! ¡todavía queda una esperanza! ¡Venios conmigo! exclamé echando á correr al través de los olivos.

La bajada era rápida, pero no lo advertí. Ceres, buscando con la antorcha en la mano á Proserpina, con todo y ser diosa no caminaba de seguro más velozmente que yo en aquel instante.

En un abrir y cerrar de ojos me hallé orilla del riachuelo, al cual, efectivamente, intentaron llegar dos ó tres heridos. Uno de ellos había sucumbido en el camino; el otro, alcanzado las aguas con la mano, pero sin que le hubiese sido dable adelantar más, y el tercero estaba con la cabeza en el agua y había dejado de existir bebiendo.

Uno de los tres cuerpos indicados dió un suspiro, por lo que volé en su socorro. Era éste el hombre que con la mano alcanzara las aguas del arroyo y no había podido avanzar más. El infeliz estaba desmayado, y el frescor de la noche ó un milagro del cielo iban devolviéndole los sentidos.

Me arrodillé, le alumbré el semblante con mi antorcha y di un grito.

Era vuestro escudero Armando, el cual, al oír mi

grito abrió los ojos y me miró con ademán despa-  
vorido.

—¡Denme de beber! dijo el sin ventura.

Entonces cogí vuestro sombrero, me fui con él por agua al riachuelo y se la ofrecí al herido.

—No le deis de beber, señora, me dijo al oído uno de los soldados, pues puede acarrearle la muerte.

—¡Agua! repitió el moribundo.

—Voy á dáosla, le dije; pero ¿qué ha sido del conde de Moret?

El herido me miró con más atención, y conociéndome murmuró:

—¡La señorita de Lautrec!

—Yo misma, Armando; yo, que estoy buscando á vuestro amo, dije. ¿Dónde está?

—¡Agua! repitió con voz desfallecida el doliente.

Acordéme entonces de que conmigo traía un pomo de agua de melisa, y vertí de ella algunas gotas en los labios del moribundo, que pareció reanimarse un poco.

—¿Dónde está? Decídmelo, por Dios, repetí.

—No sé, respondió.

—¿Le habéis visto caer?

—Sí.

—¿Muerto ó herido?

—Herido.

—¿Qué ha sido de él?

—Se lo han llevado.

—¿Hacia dónde?

—Hacia Fendeille.

—¿Quién? ¿los soldados del rey ó los del señor de Montmorency?

—Los del señor de Montmorency.

—Y ¿qué más?

—De nada más me acuerdo, pues á mi vez me he caído herido después de haber sucumbido mi caballo. Al llegar la noche me he arrastrado hasta aquí acosado por la sed, y al llegar cerca de la corriente me

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 2625 MONTERREY, MEXICO

he desmayado sin haber conseguido mi intento. ¡Agua! ¡denme agua!

—Ahora podéis dársela, señora, dijo el soldado; ha dicho cuanto sabía.

Sumergí vuestro sombrero en el arroyo, los soldados levantaron la cabeza al herido, quien después de beber ávidamente tres ó cuatro sorbos, se echó hacia atrás, dió un suspiro y quedó envarado.

Estaba muerto.

—Ya veis, señora, cuán acertadamente habéis obrado haciéndole hablar antes de darle de beber, dijo el soldado soltando la cabeza del pobre Armando, que cayó al suelo cual un pedazo de plomo.

Yo permanecí inmóvil por un instante, é inconscientemente me retorcí los brazos.

—Y ahora ¿qué vamos á hacer, señora? me preguntó el jardinero.

—¿Sabes dónde está Fendeille? le pregunté á mi vez.

—Sí, señora.

—Pues vámonos allá.

Luego me volví hacia los soldados, y añadí:

—¿Quién se viene conmigo?

—Nosotros, respondieron los tres.

—Pues veníos.

Subimos el terraplén de la hondonada y luego nos bajamos al prado.

En esto nos encontramos con una patrulla de unos doce soldados á cuyo frente iba un oficial, al ver la cual patrulla mis acompañantes cruzaron una mirada y se hablaron en voz queda.

—¿Qué decís? les pregunté.

—Que ese oficial podría proporcionaros noticias.

—¿Qué oficial?

—Ese, me respondieron mostrándome el capitán que conducía la patrulla.

—Y ¿por qué podría ese oficial darme noticias?

—Porque precisamente se ha batido en este sitio.

—Entonces vayamos á su encuentro.

Y di apresuradamente algunos pasos en dirección del oficial; pero uno de los soldados me detuvo diciéndome:

—Es que...

—¿Por qué me detenéis? le pregunté.

—¿Á toda costa queréis proporcionaros noticias?

—Á toda costa.

—¿Sea quien fuere el que os las proporcione?

—Sea quien fuere.

—Entonces voy á llamar al capitán.

Y avanzando á su vez algunos pasos, dijo:

—¿Capitán Biterán?

El oficial se detuvo, ensayó sondear la obscuridad con la mirada, y preguntó:

—¿Quién me llama?

—Desean hablaros, mi oficial.

—¿Quién?

—Una dama.

—¡Una dama! ¿á estas horas y en el campo de batalla?

—¿Por qué no, caballero, si esta mujer viene al campo de batalla en busca de aquel á quien ama, para cuidar de él si está herido, ó darle sepultura si muerto?

El oficial se acercó. Era éste un hombre que frisaba en los treinta, y al verme se quitó el sombrero, con lo cual descubrió un rostro apacible y distinguido, rodeado de rubia cabellera.

—¿Á quién buscáis, señora? me preguntó.

—Á Antonio de Borbón, conde de Moret, respondí.

El oficial me miró con más atención que hasta entonces, y palideciendo ligeramente, me preguntó con voz trémula y por dos veces distintas:

—¿Al conde de Moret, buscáis, señora? ¿Al conde de Moret?

—Al conde de Moret, sí; estos honrados muchachos me han dicho que vos podíais darme más que otro alguno noticias seguras acerca de lo que le ha acontecido.

El capitán frunció las cejas, y dirigió á los soldados una mirada de fuego.

—¡Demontre! mi capitán, dijo uno de ellos, esta dama quiere saber qué ha sido del conde, pues á lo que parece era su prometido.

—Por Dios, caballero, exclamé, decidme cuanto sabéis del conde de Moret, vos que le habéis visto y estáis en pormenores.

—Señora, respondió el capitán, lo único que sé es que me han enviado con mi compañía de carabineros para cubrir la emboscada dispuesta ahí en la hondonada, con orden de retirarnos después de la descarga para que el enemigo atacase. El señor conde de Moret, que tenía empeño en hacer gala de su valor por ser la primera vez que se encontraba en una función de guerra, nos cargó témerrariamente, y empezó el ataque disparando un pistoletazo sobre... ¡caramba! señora, no veo por qué mis labios tuviesen que mentir... disparando un pistoletazo sobre mí, y con tan buena puntería, que la bala ha cortado una pluma de mi sombrero. Yo le he replicado con iguales argumentos y he tenido la desgracia de dar en su cuerpo.

Al escuchar lo que decía el capitán, proferí un grito de terror y retrocediendo un paso, exclamé:

—¡Vos!

—Señora, continuó mi interlocutor, el duelo ha sido leal. Yo he creído habérmelas con un simple oficial del ejército del mariscal-duque. De saber que quien me atacaba era un príncipe, y éste el hijo del rey Enrique IV, hubiera dejado mi vida á su discreción antes que atentar á la suya; pero sólo lo he sabido al verle caer y al oír que gritaba: «Á mí, Borbón!» Entonces ha sido cuando he sospechado que acababa de acontecer una irreparable desgracia.

—¡Oh! sí, repuse, una gran desgracia. Pero en definitiva ¿está muerto?

—Con seguridad nada puedo deciros, señora, me respondió el capitán, pues en aquel instante ha roto

el fuego la mosquetería; y como mis carabineros, obedeciendo la orden que recibieran, han retrocedido, yo lo he efectuado con ellos, no siéndome posible ver sino cómo se llevaban al conde, todo ensangrentado y sin sombrero.

—¡Ah! su sombrero, vedle ahí.

Y al decir esto le llevé apasionadamente á los labios.

—Señora, prosiguió el capitán con no fingido pesar, ordenadme lo que queráis. Después de haber sido causa de tan tremenda desventura ¿cómo puedo, no diré expiarla, sino seros útil en vuestras pesquisas? Hablad, y para ayudaros no repararé en sacrificios.

—Gracias, caballero, le respondí ensayando recobrar el dominio sobre mí misma; por mí no podéis hacer sino indicarme la dirección hacia la cual se han llevado al conde.

—Se lo han llevado hacia Fondeille, señora; sin embargo, para mayor seguridad, tomad el camino que hallaréis á cien pasos de aquí á vuestra derecha, y á un cuarto de legua daréis con una casa donde podréis informaros.

—¿Habéis comprendido? pregunté al jardinero.

—Sí, señora.

—Pues vamos.

—Si vos quisierais, señora, dijo con timidez el capitán, podría proporcionaros caballos.

—Gracias, caballero, contesté; os he preguntado ya cuánto deseaba saber de vos y me habéis prestado cuantos servicios podíais prestarme.

Repartí un puñado de luises entre los soldados, dos de los cuales se alejaron, empeñándose el tercero en que había de conducirme hasta la casa indicada, en dirección de la cual me puse rápidamente en camino.

Con todo, no pude resistir el deseo de saludar por última vez el terreno consagrado por vuestra sangre, por lo que volví el rostro, en cuya ocasión vi al capi-

tán, inmóvil en el sitio mismo en que yo le dejara, con los ojos fijos en mí y mirando atónito cómo me alejaba.

Tendidos á lo largo del camino que nos separaba de la casa, encontramos multitud de cadáveres; pero como yo estaba ya acostumbrada á tal espectáculo, andaba con paso seguro, casi adelantándome á los hombres, por en medio de aquella ensangrentada hierba que me subía hasta las rodillas.

Por fin llegamos á la casa, la cual estaba llena de heridos de ambas banderías, tendidos en el suelo sobre haces de paja, y penetrando en aquel asilo del dolor, interrogué con la voz á los moribundos, como había interrogado á los muertos con la mirada, y á mis instancias uno de aquellos se incorporó y me dijo:

—¿El conde de Moret? Le he visto pasar en la carroza del príncipe.

—¿Muerto ó herido? pregunté.

—Herido, respondió el moribundo; pero, al igual que yo, poco más valía que un difunto.

—¿Dios mío! exclamé; y ¿adónde le conducían?

—Lo ignoro; lo único que puedo deciros es que le oí pronunciar un nombre.

—¿Cuál?

—El de la señora de Ventadour; luego la carroza ha tomado por el atajo.

—Comprendo, dije, se habrá hecho conducir á casa de la señora de Ventadour, á la abadía de Pruille; esto es. Gracias, amigo mío.

Y dejando algunos luises al lado del moribundo, me salí con el jardinero, á quien dije:

—Á la abadía de Pruille.

Está esta abadía situada á unas dos leguas del sitio en que nos encontrábamos; y como el caballo del jardinero se había caído reventado y yo dejado el mío en el prado del campo de batalla, emprendimos la marcha á pie, primeramente por la imposibilidad de

procurarnos carroza alguna, ni siquiera una carreta, luego porque nuestras pesquisas para proporcionárnoslas nos hubieran absorbido un tiempo precioso, y por último porque me sentía con fuerzas sobradas para ello.

Apenas hubimos recorrido un cuarto de legua, cuando empezó á llover y estalló la tempestad, contenida hasta entonces; pero como toda mi vida la tenía concentrada en vos, no sentía la humedad, ni oía el fragor del trueno; en medio de torrentes de agua que corrían en torno de mí y á la luz de los relámpagos que á las veces iluminaban el paisaje con la viveza del sol de mediodía, continuaba yo mi camino, hasta que al pasar cerca de corpulento roble, el jardinero me rogó que buscara un abrigo en él interin amainaba la tempestad; yo moví la cabeza y proseguí adelante sin despegar los labios. Un minuto después el roble desaparecía aniquilado por un rayo.

Entonces me volví hacia mi jardinero, y tendiendo el brazo le mostré lo que acababa de suceder.

—Lo he visto, me contestó éste; el cielo os protege, señora, y ya que Dios os da fuerzas, adelante.

Poco más ó menos anduvimos todavía espacio de una hora, al cabo de la cual y á la luz de un relámpago descubrimos la abadía á que nos dirigíamos. Entonces redoblé el paso, y poco después llegamos á ella.

Todo dormía ó parecía dormir en el convento; y digo parecía, porque siempre más he desconfiado de aquel profundo sueño de la tornera, de las monjas y de la abadesa.

Por fin y tras mil precauciones abrieron la puerta; siendo evidente que al oírnos llamar habían temido la visita de algún grupo de soldados extraviados ó de alguna horda de bandidos; así es que me apresuré á darme á conocer y á preguntar por vos.

La hermaná tornera, que no comprendía lo que yo

quería decir, sostenía que no os había visto y aún que ignoraba que estuviéseis herido.

Solicité hablar con la señora de Ventadour y me condujeron á su presencia.

Dicha señora, al oír el ruido que nosotras producíamos é ignorando quién lo originaba, se había vestido, y aun me pareció notar que estaba pálida y temblorosa; palidez y temblor que ella atribuyó al temor que experimentara, al llamar nosotros á la puerta, de que no fuesen soldados ó mal intencionados los que llamaban.

Tranquilicéla, explicándole el porqué de mi salida de San Pons, mi llegada al campo de batalla y cómo diera yo con el sitio donde vos habíais caído; luego le mostré vuestro sombrero, que no se apartaba de mis crispados dedos, y después de referirle los pormenores que me diera el moribundo, concluí por conjurarla, en nombre de Dios, que me dijera cuanto de vos sabía.

La señora de Ventadour me respondió que me habían engañado, ó bien que la carroza, luego de haber emprendido el camino de la abadía, debió de haber torcido á la derecha ó á la izquierda y tomado por algún atajo que conducía á la carretera. Cuanto á vos, dijo no haberos visto ni oído decir cosa alguna.

Yo dejé caer los brazos y me tendí en una larga silla que cerca de mí estaba, perdida ya toda esperanza y con ella mis fuerzas.

La abadesa llamó á sus criadas, las cuales me despojaron de mis vestidos, que la lluvia pegara á mis carnes; trajeron un baño, me metieron en él, y en esta disposición caí en una especie de estupor muy parecido á un desmayo, del que me repuse al oír decir que habían visto pasar una carroza en dirección de la carretera de Mazerés.

Entonces quise informarme por extenso y supe que de la noticia había sido portador un campesino que aquella velada trajera leche al convento.

La abadesa me ofreció su propia carroza y sus caballos, dando por admitido que yo quisiese continuar mis averiguaciones.

No necesito deciros que acepté, con tanta más diligencia cuanto empezaba ya á clarear y no quería perder instante para continuar mi camino hacia Mazerés, adonde era tanto más probable que hubieseis sido conducido, cuanto Mazerés era una fortaleza adicta, según decían, al señor de Montmorency.

Trajéronme vestidos, la señora de Ventadour me prestó su carroza, y partimos.

En Villeneuve-le-Comtat, Payra y Santa-Camette, aldeas por las cuales pasamos, procuramos adquirir noticias; pero no solamente nadie había visto cosa alguna, sino que sus vecinos hasta ignoraban que se hubiese librado el combate de Castelnaudary.

No por eso dejamos de proseguir nuestro camino hasta Mazerés. En ella las reseñas debían ser positivas; las puertas estaban guardadas, y como los que las guardaban eran partidarios del de Montmorency, no tenían necesidad de ocultar la presencia entre ellos del conde de Moret.

Llegamos á las puertas; nadie había visto carroza alguna, ni sabía que vos estuviéseis herido; la primera noticia que tuvieron del combate de Castelnaudary fué la que llevamos nosotros.

Pronto pudimos cerciorarnos de la verdad de semejante respuesta, pues en esto llegó á escape un oficial portador de un parte del príncipe, en cuyo parte éste comunicaba haber el de Montmorency caído prisionero y estar herido el de Rieux, y además aconsejaba que, perdido todo, como se había perdido, cada cual no pensase sino en su propia salvación.

Desde entonces nadie se ocupó en nosotros ni hizo caso de nuestras preguntas.

Así pues, me encontré con que había perdido por completo vuestras huellas. Sin embargo no desmayé, sino que empecé, con ayuda de mi jardinero, á in-

vestigar por todas partes; imitando á los cazadores, que para dar con la pista de la caza describen una gran circunferencia, nosotros la describimos alrededor del teatro de los acontecimientos, recorriendo una en pos de otra las poblaciones de Belpech, Cahuzac, Fanjeaux, Alzonne, Conques y Peyriac, en ninguna de las cuales quedaba vestigio de vuestro paso. Vuestra carroza había desaparecido como una visión entre Fendeille y la abadía.

En Peyriac encontré al intendente de nuestra casa de Valence, el cual había salido en mi busca tan pronto mi padre, al ordenar que lo dispusiesen todo para pasar dos ó tres meses en la quinta, había advertido mi ausencia; y como yo, durante las tres semanas que duraron mis pesquisas, diera en tierra con mis esperanzas, accedí á los ruegos de aquél y me fuí á la quinta.

Mi padre, al llegar al día siguiente, me encontró moribunda.

Todos los criados de la quinta me querían de tal suerte, que bastó una palabra del intendente para que nadie me hablara de mi viaje.

Mi padre que, como sabéis, es grave y severo, vino á verme y se sentó en mi cama. Yo le había hablado de mi amor hacia vos y de la palabra que de ser mi esposo me habíais dado. La honra de vuestra alianza era tal, que aquél debió renunciar á su acariciado proyecto de casarme con el vizconde de Pontís, hijo de su antiguo amigo; pero muerto vos, semejante proyecto arraigó de nuevo en él con más fuerza y realidad.

Por otra parte, Luis XIII le había hablado del amor mío por un rebelde, y Luis XIII estaba tanto más irritado contra vos, cuanto vos erais hermano suyo. Todos vuestros bienes habían sido confiscados, y á no creeros muerto, os hubieran encausado como al de Montmorency, no salvándoos el ser hijo de rey.

Así pues, era una suerte que hubieseis perecido en el campo de batalla.

Aquel capitán á quien yo viera é interrogara, aquel asesino á quien había maldecido y cuyo descolorido semblante se me ha aparecido más de una vez en sueños, os salvó del patíbulo.

Yo, que supuse que mi padre había tomado una resolución inquebrantable, le escuchaba triste y sombríamente, pues el conde de Pontís, que combatiera en las filas del ejército del mariscal de Schomberg, estaba en el mayor predicamento, de lo cual se originaría que mi progenitor, en su lucha contra mí, tendría á su favor al rey y al cardenal.

Sin embargo, también yo tomé una resolución; pedí á mi padre tres meses de tiempo, comprometiéndome, transcurridos los cuales sin haber sabido de vos, ó de confirmarse vuestra muerte durante su curso, á seguir al vizconde de Pontís á la iglesia.

El día 30 de octubre fué ejecutado el señor de Montmorency.

Entonces casi bendecí á vuestro asesino, porque de saber que padecíais lo que el pobre duque, me hubiera muerto.

Respecto de vos no quedaba ya duda alguna; todos estaban contestes en que habíais sucumbido.

¡Ay! yo me encontraba viuda sin haber sido esposa.

De esta suerte transcurrieron los tres meses, al llegar el último día de los cuales mi padre se presentó en la quinta con el vizconde de Pontís.

Yo conocía la puntualidad de mi padre, y no quería hacerle aguardar; así es que me halló ya vestida de desposada.

Sonaban las once; el sacerdote nos estaba aguardando en el templo, levánteme, y apoyando el brazo en el de mi padre, emprendimos la marcha hacia la iglesia seguidos del conde de Pontís y de su hijo, de cinco ó seis amigos, una docena de familiares y algunos criados.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1965 MONTERREY, MEXICO

Mi padre no me dirigía palabra alguna; solamente me miraba, visiblemente sorprendido de verme tan tranquila.

Como los mártires que caminaban á la muerte, mi semblante iba iluminándose á medida que me acercaba al lugar del suplicio.

Al entrar en la iglesia, hubiéraseme podido confundir con un cadáver, tal era mi palidez; sin embargo, por los labios me vagaba una sonrisa; y es que cual náufrago combatido por la tormenta, ante mí divisaba el puerto de salvación.

El sacerdote nos estaba aguardando en el altar, á él nos acercamos, y á sus pies nos pusimos de rodillas.

Yo, que por un instante creyera que, llegado tal momento, iba á dar en tierra con mis fuerzas, tributé con toda mi alma gracias á Dios por habérmelas conservado.

El sacerdote preguntó al señor de Pontís si me tomaba por esposa, á lo que éste respondió afirmativamente; luego me preguntó á mí si por mi parte aceptaba por esposo al vizconde, á lo que respondí:

—En la tierra y en el cielo, mi esposo es mi divino Salvador Jesús, y nunca tendré otro.

Pronuncié tan recalcadamente estas palabras, y las vertí con voz tan tranquila y segura, que los asistentes pudieron recogerlas una á una.

De Pontís me miró con los ojos despavoridos y cual si me hubiese creído loca; mi padre avanzó un paso; cuanto á mí, atravesé el enverjado que me separaba del altar, levanté el brazo hacia el cielo y dije en voz alta:

—Desde este instante pertenezco á Dios, y á Él nadie tiene derecho á reclamarme.

—¡Isabel! exclamó mi padre ¿os atreveríais á atropellar mi autoridad?

—Hay una más alta y más santa que la vuestra, padre, respondí respetuosamente; y esta es la de

Aquél que me ha hecho encontrar la fe en el camino de la desventura. Padre, ya no pertenezco al siglo; rogad por mí, como yo rogaré por vos y por cuantos aquí estáis.

Mi padre hizo ademán de trasponer la reja para arrebatarme del altar; pero el sacerdote tendió hacia él los brazos, diciendo:

—¡Guay de aquél que violenta la vocación ó quiere coartarla! Esta doncella se ha entregado á Dios, y yo la recibo en la casa de éste como en un santo asilo del que nadie, ni aun su padre, tiene derecho á arrancarla violentamente.

Tal vez mi padre no se hubiera detenido ante esta amenaza; pero el conde de Pontís le tiró del brazo, llevándose consigo. El vizconde y los demás asistentes siguieron al anciano y tras ellos se cerró la puerta.

El sacerdote me preguntó luego á qué convento quería retirarme, á lo que respondí que al de las Ursulinas.

Mi padre se puso inmediatamente camino de París, donde se encontraba el cardenal; pero cuanto obtuvo de éste fué que yo no podía pronunciar mis votos antes de un año.

Transcurrido dicho período, más un día, tomé el velo.

De esto hace cuatro años. Desde entonces no ha pasado día sin que haya orado por vos, besando, mientras, las plumas del sombrero que recogí en el campo de batalla de Castelnauary, única reliquia que de vos me quedaba.

Ahora que ya lo sabéis todo, hablad vos; explicádmelo todo por menudo, decidme á qué milagro se debe que viváis; dónde os encontráis; cómo puedo veros de nuevo; pero pronto, pronto, ó voy á perder la razón.

Á 17 de mayo, á las cuatro de la madrugada.

## XVII

Á las seis de la mañana, en cuanto he recibido vuestra carta.

Dios ha desviado por un instante sus ojos de nosotros, y, durante el instante este, el ángel del mal ha pasado por encima de nuestras cabezas y nos ha tocado.

Á vos os corresponde escuchar ahora.

Ya sabéis cuáles eran los compromisos que me ligaban á mi hermano Gastón. Por otra parte, al obrar para el uno, estimé que obraba para el otro, pues parecióme que el ministro pesaba todavía más sobre el rey que sobre todos nosotros.

Para hijos de Francia, semejante opresión era intolerable: á cada instante el cardenal hacía violencia sobre la voluntad del rey, disponía de su sello, sin consultarle, así como de sus ejércitos pese á él, y gastaba en su casa, en un día, seis veces más que todos los hijos de Enrique IV juntos, sin exceptuar el que ocupaba el trono. Y en tanto él solo devoraba más de doscientos millones, escasamente una tercera parte de habitantes de Francia comía pan común, otra tercera parte lo comía de avena, y el resto, á semejanza de un rebaño de bestias inmundas, sólo se sustentaba con bellotas. Él tenía en el reino tantas plazas y fortalezas como el rey: Bruage, Olerón, Re, la Rochela, Somur, Angers, Brest, Amboise, el Havre, Puente del Arco y Pontoise, eran suyas, de modo que sus dominios llegaban hasta las puertas de París; era además dueño de la provincia y ciudadela de Verdún; aparte de las tropas empleadas en dichas plazas, en

los fuertes y en las ciudadelas, poseía una escuadra, y salía rodeado de sus guardias: en una palabra, tenía en sus manos todas las llaves de la monarquía.

Francia entera, reunida contra él, no era capaz de levantar un ejército bastante poderoso para oponerle al suyo. Las cárceles se habían convertido en sepulcros destinados á enterrar á los verdaderos servidores del rey, y el crimen de lesa majestad no consistía en atentar contra el rey ó contra el Estado, sino en no demostrar bastante celo y ciega obediencia acatando la omnimoda voluntad y los designios todos de su ministro.

Ahí cuanto debía yo deciros ante todo; porque lo que os digo me excusa de haberos abandonado y tomado el partido de aquél que días á venir había de renegar de todos nosotros, vivos ó muertos.

Lo que hizo reventar la mina fué la ejecución del anciano mariscal Marillac. Yo estaba en correspondencia con mi hermano Gastón y María de Médicis, con lo porvenir de la cual resolví unir el mío, ya que siempre se había portado intachablemente conmigo.

¿Recordáis la tristeza que se había apoderado de mí en aquella época? ¿tenéis presente mi emoción, la turbación de mi voz, casi rayana con el sollozo, cuando os decía que mi porvenir era más incierto que el de la hoja que nacía en el árbol á cuyo pie estábamos sentados, y cuando solicitaba de vos un plazo de tres meses antes de haceros mi esposa, aun mientras os decía que el día más venturoso de mi existencia sería aquel en que yo pudiera apellidarme esposo vuestro? Es que en aquel momento yo conocía ya todos los proyectos de mi hermano Gastón y era el intermediario entre él y el desgraciado Montmorency.

Me encargáis que no omita circunstancia alguna. ¡Oh! necesito demasiado justificarme á vuestros ojos para omitir ú olvidar el pormenor más insignificante.

Nosotros debíamos contar con el apoyo de los es-

pañoles y de los napolitanos. Estos últimos, en el momento en que Montmorency levantó bandera, parecieron en efecto en la costa de Narbona, pero no se atrevieron á desembarcar. Por lo que reza con los españoles, llegaron hasta Urgel, mas no atravesaron la frontera.

Vos visteis como la insurrección tomaba vuelos en torno vuestro, oísteis los gritos de rebelión de Bàñols, de Lunel, de Beaucaire y de Alais.

Una mañana, con el corazón oprimido, pues comprendí que ello implicaba nuestra separación, os di á leer un manifiesto en el cual mi hermano Gastón tomaba el título de lugarteniente general del reino.

Poco después supisteis, por una carta del rey dirigida á vuestro padre, en la que le ordenaba que se encaminase á París, que aquél había entrado en Francia al frente de mil ochocientos caballos, y entregado á las llamas el barrio de San Nicolás de Dijón y las casas de los miembros del parlamento que habían juzgado á Marillac.

Otro día recibí yo también una carta: era de mi hermano, el cual me escribía desde Albi y me conminaba á que cumplierse mi palabra.

El día aquel fué el en que de vos me despedí, el 14 de agosto de 1632, fecha fatal que ha quedado profunda y lúgubremete grabada en vuestro corazón y en el mío.

¡Oh! todos los pormenores de aquella partida son exactos, fiel la pintura de aquella noche; sólo que yo os vi por más tiempo que vos me visteis. Vos os encontrabais en el balcón de vuestro dormitorio, vuestro cuerpo resaltaba sobre fondo luminoso, mientras yo me iba internando en un horizonte cada vez más lóbrego.

Con todo, al llegar á un recodo del camino os perdí de vista.

En aquel instante detuve á mi caballo y me pregunté si para mí no valía más olvidar todas mis pro-

mesas y compromisos, y sacrificando el honor al amor volver á vuestro lado.

En esto vos cerrasteis el balcón y apagóse la luz, cuyas circunstancias tomé por una advertencia de Dios de que continuase mi camino. Así, pues, clavé mis espuelas en los ijares de mi corcel, me envolví la cabeza en mi capa, y me precipité en las cada vez más obscuras profundidades del horizonte, gritándome á mí mismo para aturdirme:

—¡Adelante! ¡adelante!

Dos días después me encontraba en Albi, al lado de mi hermano, quien, dejándome en esta plaza al mando de quinientos polacos, se encaminó hacia Beziers.

El 29 de agosto recibí orden del mariscal duque para que me reuniese á él, por lo que partí con mis quinientos hombres, con los cuales llegué el 30 de agosto, por la tarde, al campo de aquél.

El día 31 los dos ejércitos contrarios lo emplearon en espiar mutuamente sus movimientos. Nosotros habíamos recibido aviso de que Schomberg marchaba en dirección de Castelnaudary, por lo que determinamos tomar la misma dirección; pero Schomberg nos ganó por la mano, se apoderó de una casa que no estaba más que diez minutos distante de nosotros y la convirtió en cuerpo de guardia.

Esto ocurrió á las ocho de la mañana del primero de septiembre.

Al saber el mariscal duque lo que acababa de ocurrir, tomó quinientos hombres, con los que se fué á reconocer el ejército del mariscal, y al encontrarse á tiro de la mencionada casa, atacó á los que encerrados en ella estaban, los cuales emprendieron la fuga. Dueño de esta posición, Montmorency la guarneció con ciento cincuenta hombres, y regresó muy satisfecho de este primer triunfo á nuestro campo, hallándonos reunidos en la primera casa de la aldea á mi hermano Gastón, á Rieux, Chaudebonne y á mí.

—Señor, dijo el mariscal duque adelantando hacia mi hermano, hoy es el día en que quedaréis victorioso de todos vuestros enemigos, hoy el día en que el hijo y la madre van á reunirse. Pero, añadió mostrando su desnudo y ensangrentado acero, es menester que esta tarde vuestra espada esté como la mía esta mañana, esto es, roja hasta los gavilanes.

Mi hermano, á quien no halagaba la vista de una espada desénvainada, y sobre todo teñida en sangre, desvió los ojos y dijo:

—¡Pero, caballero! ¿seréis toda vuestra vida fanfarrón? Mucho tiempo hace que me estáis prometiendo grandes victorias y hasta ahora no me habéis dado sino esperanzas.

—Como quiera que sea, contestó el mariscal, y dando por admitido que, como decís, todavía no os he dado sino esperanzas, hago más en vuestro pro que no vuestro hermano el rey, pues éste en lugar de daros esperanzas, os las quita, aún la de la vida.

—¿Y vos creéis, repuso Gastón, que puede alguna vez correr peligro la vida del presunto heredero? Suceda lo que quiera, siempre me cabe la seguridad de obtener la paz para mí y otras tres personas.

Montmorency se sonrió amargamente, y sin dirigir más palabra al príncipe, se vino á nuestro encuentro.

—Ea, dijo, en cuanto empezamos ya hay quien habla de huir; pero no seremos ¡vive Cristo! ni vos, señor de Moret, ni vos, señor de Rieux, ni yo, quien al tal le demos escolta.

Nosotros le respondimos que estaba en lo cierto.

—Pues bien, continuó el mariscal, uníos á mí; es menester que de tal suerte le obliguemos hoy, que por fin le veamos la espada en la mano.

En esto vinieron á comunicarnos que el ejército del mariscal Schomberg salía del bosque y se dirigía á nuestro encuentro.

—Ea, señores, dijo Montmorency, ha llegado la hora, cada uno en su sitio.

Nosotros debíamos atravesar un riachuelo por un puentecito, cuyo paso no nos disputó nadie; antes al contrario, el plan de Schomberg era dejarnos avanzar hasta una emboscada que armara en la hondonada donde encontrasteis á mi desventurado escudero.

Una vez atravesado el puente, me coloqué al frente del ala izquierda, cuyo mando se me había confiado.

Como os dijeron, era aquella la primera función de guerra en que yo tomaba parte, por lo que ardía en deseos de demostrar que, aunque de la misma sangre que el príncipe, la mía era más fogosa que la suya.

Vi unos carabineros que avanzaban de exploradores, y cargué sobre ellos.

Cuanto al oficial á quien encontrasteis vos la noche del combate, había llamado grandemente la atención, pues era un valiente, tan tranquilo en medio del mortífero fuego como si se hubiese encontrado en una parada. Fuíme derecho á él y le disparé un pistoletazo que, como os dijo, le cortó la pluma del sombrero. Á mi disparo contestó él con otro, y al punto sentí como un puñetazo en el costado izquierdo, al que, no atinando en la causa del golpe, llevé la mano, la cual retiré completamente ensangrentada.

En el instante mismo, sin dolor real, algo como una roja nube me pasó por delante de los ojos y la tierra empezó á dar vueltas bajo mis pies. Mi caballo dió un repulso, que no tuve fuerzas para reprimir ni seguir, y me sentí resbalar de la silla. Entonces grité: «¡Á mí, Borbón!» y me desmayé pensando en vos.

Al cerrar los ojos parecióme oír nutrido fuego de mosquetería, y ante mí pasó un como turbión de llamas.

Es indudable que los polacos se me llevaron; por que desde aquel instante y hasta que recobré el uso de la razón, á media legua, poco más ó menos, del campo de batalla, en la carroza de mi hermano, no tuve conciencia de lo que acaeciera.

Acerbos dolores me llamaron de nuevo á la vida.

Abri los ojos, y vi una gran muchedumbre apiñándose con curiosidad y hablando animadamente en torno de mi carroza, por lo que comprendí que se estaba discutiendo adónde me llevarían.

Entonces y acordándome de que la hermana del señor Ventadour, uno de mis buenos amigos, era abadesa de uno de los conventos de los alrededores, hice un esfuerzo, y sacando la cabeza por la ventanilla di orden de que me condujesen al convento de aquella.

Ya lo veis: vuestra admirable devoción os había hecho dar con mi huella, y si no me hallasteis no fué por falta de solicitud.

El dolor, que me había arrancado de mi desmayo, volvió á hundirme en él.

Ignoro quién se encargó de introducirme en el convento; pero sí sé que me encontré en mullida cama y en un sótano, asistido del médico y de otro individuo que, al verme abrir de nuevo los ojos me dijo en voz baja:

—Que no se os escape decir quién sois.

Del mismo modo que vos fuisteis mi último recuerdo, fuisteis mi primer pensamiento; así es que tendí la vista á todos lados para ver si os descubría; pero no vi sino rostros extraños, en medio de los cuales había un hombre con las mangas arremangadas y las manos teñidas en sangre. Era el médico que acababa de curarme.

No queriendo ver más, cerré los ojos.

Aquella fué la noche en que os presentasteis en la abadía, y á causa del temor que inspiraba el cardinal, os respondieron que no me habían visto.

Así pues vos ignorasteis que yo existía, al igual que yo ignoraba que hubieseis venido. No nos vimos y casi nos tocamos.

De los quince días primeros de mi herida nada recuerdo. Ellos no fueron una convalecencia, sino un alto al umbral del sepulcro.

Por fin la juventud y la robustez de mi tempera-

mento triunfaron: sentí circular cierta frescura por mis languidecidos y febreros miembros, y desde entonces el médico me dió por salvado, pero ¡oh desventura! con la condición de no proferir palabra, ni abandonar mi cama, ni tomar parte alguna en la vida externa. Así que no respondían de mi vida, sino á trueque de pasar un mes ó seis semanas sin vivir.

Durante dicho período de tiempo fué cuando juzgaron y ejecutaron al mariscal duque, ejecución que redobló los temores de las pobres mujeres que me habían concedido hospitalidad.

Por lo demás, no cabía duda de que si descubrían mi existencia, iban á tratarme, con todo y ser príncipe de la sangre, cual al de Montmorency. ¿Acaso no estaba éste emparentado con María de Médicis?

Determinóse, pues, que yo estaba muerto, como así lo hicieron circular todos aquellos que tenían interés en que semejante noticia cundiese y fuese aceptada por verídica.

Al cabo de dos meses pude levantarme, pero como hasta entonces me habían tenido oculto en los sótanos del convento y mi convalecencia reclamaba el aire, permitiéronme salir á respirar el de la noche en el jardín; que templado como es en el Languedoc el invierno, aunque nos encontrábamos en noviembre podían concedérseme algunas salidas nocturnas.

Con el discurso y con el sentimiento, no diré con la fuerza, pues me hallaba todavía tan endeble que no me era posible subir ni bajar las escaleras, todo mi amor por vos, adormecido por la muerte, había brotado de nuevo. No hablaba sino de vos, ni á más que á vos aspiraba.

Tan pronto pude sostener una pluma, solicité venia para escribiros; diéronme lo que pedí, y ante mi hicieron partir á un mensajero; pero como el mensaje debía revelar mi existencia, y ésta, para la señora Ventadour, significaba la persecución, el encarcelamiento y tal vez la muerte, el mensajero no se movió del

contorno y regresó al cabo de doce ó quince días, diciendo que habiéndoos vuestro padre llevado consigo á París, había entregado mi carta á aquella criada vuestra que le pareció seros más devota.

Desde entonces estuve más tranquilo, pues fié en que vuestro amor os aguijara para hacer llegar á mis manos una contestación pronta.

Espacio de un mes estuve aguardando, y cada día que se pasaba sin traerme nuevas, hacía vacilar más mi confianza en vos y arruinaba más y más mi esperanza.

Tres meses hacía ya que se libraba la batalla de Castelnaudary, y de consiguiente ardía en deseos de saber cuantas noticias pudiesen interesarme. Herido al iniciarse el combate que yo mismo abriera, é ignorando su resultado, solicité que me pusieran al corriente de todo, mas tantas fueron las reticencias que conmigo emplearon, que amenacé con salir yo mismo en busca de informes.

Entonces nada me ocultaron; supe que habíamos perdido la batalla, la fuga y reconciliación de Gastón; el proceso y la muerte del de Montmorency, y la confiscación de mis bienes junto con la pérdida de todos mis títulos y dignidades.

Todas estas noticias las recibí con más firmeza que no esperaban. La muerte del desdichado mariscal me hizo experimentar una tremenda sacudida, es cierto, pero después de la ejecución de Marillac, semejante acaecimiento lo habíamos previsto más de una vez Montmorency y yo por lo que á ambos atañía.

Respecto de la pérdida de mi posición, de mis dignidades y de mis bienes de fortuna, la acogí con sonrisa de desdén. Los hombres me habían quitado cuanto podían darme; pero viéronse obligados á dejarme lo que emanaba de Dios, vuestro amor. Este fué para mí, desde aquel momento, la única esperanza de mi vida, la estrella que brillaba solitaria en el cielo de lo porvenir, que se había vuelto tan sombrío como el de lo pasado fuera esplendoroso.

No habiéndoos hallado el mensajero que os enviaron, determiné ser el mío propio; no habiendo llegado á mis manos vuestra contestación, resolví ir personalmente por ella.

Por lo demás, salir del convento no era tan fácil como parecía. Me vigilaban, temerosos de que no me descubriesen. Así, pues, no hablé de salir de la abadía, sino de Francia, proposición la más grata que me hubiese sido dable hacer á la abadesa.

Convinimos en que nos pondríamos de acuerdo con unos pescadores para que me condujeran á Narbona, en cuyo punto me embarcaría, haciendo el viaje en traje eclesiástico, y en la carroza y con los caballos de la abadesa.

Por otra parte, como todos me creían muerto y aquella era la vez primera que yo pisaba aquella tierra, no había temor de que me conociesen.

La buena abadesa puso sus arcas á mi disposición, pero me concreté á darle las gracias por su ofrecimiento, pues en el momento en que caí herido traía conmigo unos doscientos luises, que encontraron en mi bolsillo, y además sortijas y broches de diamantes por valor de unas doce mil libras.

¿Qué necesidad tenía yo de riquezas cuando vos las poseáis cuantiosas?

Á principios de enero salí de la abadía, vivamente agradecido por la hospitalidad que en ella recibiera; pero ¡cuán lejos estaba yo de imaginar que dicha hospitalidad debía costarme tan cara!

Me separaba de Narbona tan sólo una distancia de veinte leguas; mas era tanta todavía mi endebles, que no podíamos viajar sino á cortísimas jornadas: á bien que tal vez exageraba yo mi flaqueza para inspirar más confianza.

El primer día dormimos en Villepinte, el segundo en Barbaire y el tercero en Narbona, al día siguiente de llegar á la cual cerré trato para que me condujeran á Marsella.

À la vista de las gentes, yo era un prelado enfermo del pecho, á quien prescribieran los aires de las islas Hyeres ó de Niza.

Descansé un día en Narbona, al otro me embarqué, y dos después, gracias á los vientos prósperos que soplaron, me encontré en Marsella, donde pagué á los barqueros y despedí á los dos criados de la abadessa que me habían acompañado, quedando, de consiguiente, completamente libre.

Al punto cerré tratos para que en carroza me condujeran hasta Aviñón y luego desde ésta remontar el Ródano hasta Valence.

Como mi traza caballeresca podía venderme, me hice labrar un uniforme de oficial de guardias del cardenal, bajo cuyo uniforme estaba seguro de no experimentar contratiempo.

De Marsella á Aviñón empleé tres días; y ya en esta última ciudad, aprovechando la circunstancia de que los vientos soplaban del mar y por lo tanto favorecían la navegación, me confié al Ródano, durante mi viaje por el cual y cuando amainaba el viento amarraban los barqueros un cable á la barca, del que tiraban, desde la orilla, algunos caballos.

Desde lejos y en cuanto amaneció divisé vuestra quinta. Allá estabais vos, allá me aguardabais, ó á lo menos, si lo que me habían dicho era cierto, esto es, que vuestro padre se os habia llevado consigo á Paris, allá era donde iba á saber de vos.

La barca avanzaba con tanta lentitud, que quise que me desembarcaran; mas por desgracia mis fuerzas físicas no correspondieron á mis deseos.

¡Oh! ¡si me hubiese sido doble adelantar una hora! ¡si de nuevo os hubiese visto! pero no debía suceder así; estábamos condenados...

Sin embargo no pude acallar mi anhelo, y media legua antes de llegar á Valence desembarqué. No podía aún andar con rapidez; eso no obstante, la mía dejaba muy atrás la de la barca.

Por otra parte, la esperanza de volver á veros me habia devuelto casi todas las fuerzas.

Largo tiempo hacía que estaba viendo vuestro balcón, aquel balcón desde el cual me dijisteis adiós; pero en él no habia nadie y las persianas permanecían cerradas. ¡Ay! el aspecto de aquella quinta que yo tanto deseara ver, asumía un no sé qué melancólico y solitario que me helaba la sangre.

Prontamente vi abrirse la puerta principal y salir por ella un cortejo que se encaminó hacia la ciudad y desapareció á poco tras un recodo.

Yo, que me encontraba todavía á un cuarto de legua de distancia, al ver el cortejo y sin que pudiese explicarme el porqué, sentí oprimido el corazón y desfallecer mis fuerzas.

Arriméme á un árbol del camino; enjuguéme el sudor que abundoso me corría por la frente, y anudé la marcha, encontrándome á poco con un criado.

—Decidme, amigo, le pregunté con voz medio extinguida, ¿no habita ya por ventura esta quinta la señorita Isabel de Lautrec?

—Sí, mi oficial, me respondió; sólo que dentro de media hora será menester apellidarla de distinto modo.

—¿De distinto modo! ¿Queréis decirme cómo será menester apellidarla?

—La señora vizcondesa de Pontis.

—¿Por qué razón?

—Porque dentro de media hora va á ser la esposa de mi amo el señor vizconde de Pontis.

Al escuchar tales palabras sentí que me ponía lívido, y me llevé el pañuelo á la cara para ocultar mi emoción.

—¿Así pues, pregunté, el cortejo que acaba de salir de la quinta...?

—Era el de los novios.

—¿Y en este momento...?

—Están en la iglesia.

—¡Oh! ¡es imposible!